

CAPITULO XII.

ITALIA.

INSURRECCION DE NAPOLES.

1647.—1648.

Intrigas de Mazarino en Italia.—Piérdense Piombino y Portolongone.—Rebelion de Sicilia.—Causas y circunstancias que la prepararon.—Mal gobierno del marqués de los Velez.—Sublevacion en Palermo.—Cobarde conducta del virey.—Rebélanse otras ciudades de Sicilia.—Cómo se aquietaron.—Rebelion de Nápoles.—Causas del disgusto de los napolitanos.—Mal comportamiento de los vireyes españoles.—El duque de Arcos.—Impuesto sobre la fruta.—Indignacion popular.—Grave insurreccion.—Masaniello.—Corbardia y debilidad del virey.—Concesiones al pueblo.—Abraza el duque de Arcos públicamente á Masaniello.—Triunfo popular.—Solemne jura de los fueros.—El cardenal Filomarino.—Destanecimiento de Masaniello.—El pueblo le asesina por malvado, y al dia siguiente adora su cadáver.—Sangrientos combates en Nápoles: ármanse mas de cien mil hombres.—El príncipe de Massa general de los insurrectos.—Combates mortíferos.—Acude don Juan de Austria con buena escuadra.—Fuego horroroso de los castillos y de las naves sobre la poblacion.—Incendio y mortandad.—Nuevo triunfo del pueblo.—Asesinato del príncipe de Massa.—Nuevo caudillo popular: Genaro Annése.—Ejército contra-revolucionario de los nobles.—Sublevacion y socorros de las provincias á los populares.—Proclaman los de Nápoles al duque de Guisa, y se erijen en república.—Escuadra francesa en las aguas de Nápoles: el duque de Richelieu.—El cardenal Mazarino no favorece al de Guisa.—Abandónale

el duque de Richelieu.—Descontento popular: comienza á decaer la revolucion.—Separacion y relevo del duque de Arcos.—Es nombrado virey de Nápoles el conde de Oñate.—Don Juan de Austria resiste un ataque general de los insurrectos.—Manejo y política del conde de Oñate.—Error gravísimo del duque de Guisa.—Aprovéchase de él el de Oñate, y entra en la ciudad.—Sométense los rebeldes.—Prision del de Guisa.—Son severamente castigados los sediciosos: suplicios.—Recóbranse Piombino y Portolongone.—Sujétase al duque de Módena.—Situacion de Italia despues de la revolucion de Nápoles.

Los efectos de la siniestra influencia de un mal gobierno se estienden y hacen sentir en todas las regiones á que alcanza su dominacion; y cuando un estado entra en el período de su decadencia, en todas partes sobrevienen conflictos que contribuyen á aumentar su descrédito y á amenguar su poder. Lo extraño y lo admirable habria sido que las distracciones del monarca, los desaciertos de sus ministros y la desmoralizacion de los favoritos y cortesanos no hubieran producido mas amargos frutos que los que dentro de los límites de la Península se recogian. No era asi por desgracia, ni podia ser. Ya hemos visto cuán mal parados andaban nuestros asuntos en Flandes. No presentaban mas lisongero aspecto en Italia.

Despues de haber perdido algunas plazas el conde de Siruela, que habia reemplazado en el gobierno de Milan al marqués de Leganés, quiso nuestra desgraciada suerte que nuestros mas firmes auxiliares hasta entonces, el príncipe Tomás y el cardenal de Saboya,

que despues que dejó el capelo para casarse con su sobrina tomó el título de príncipe Mauricio, mas por sus intereses que por las quejas que suponian de España y desavenencias con nuestros generales, se reconciliaran con la duquesa, y lo que fué peor, unieronse con los franceses contra los españoles cuya causa habian siempre defendido. Reunidos ya para mal nuestro franceses y saboyanos, tomáronnos á Niza, Verna, Crescentino y Tortona, bien que valerosamente defendida esta última por el conde de Siruela, quien al menos dejó con honra el mando al marqués de Velada, que desde Flandes pasó á sucederle. Hasta el pequeño príncipe de Monaco, Honorato Grimaldi, que habia sido un leal vasallo de España, y en cuyo puerto habia desde Cárlos V. una guarnicion de españoles, viendo tan decaida allí nuestra causa, abrió las puertas de la ciudad á los franceses, no sin que los españoles, aunque sorprendidos y casi desarmados, pelearan gloriosamente antes de abandonar la plaza (1).

Tan empeñado el cardenal Mazarino como el de Richelieu en quebrantar, y en aniquilar, si pudieran, el poder de España, el ministro favorito de la reina Ana de Francia, como el ministro privado del rey Luis, no habian cesado de trabajar con intrigas y con armas

(1) *Transactio inter regem Ludovicum XIII. et principem Monachonis, de patrocinio illius principatus suscipiendo: inita die 8 Julii, anno 1641. Transactio inter regem Ludovicum XIII. ab una, et Mauritium cardinalem atque Thomam principes Sabaudie ab altera parte inita. Taurini, anno 1642, die 14 Junii el 1.º Julii sequentis.—Pacta Gallie.*

en Italia, como en todos los dominios españoles, y de enviar ejércitos y escuadras á aquel bello pais contra las escuadras y los ejércitos de España. Desde la defeccion de los príncipes Tomás y Mauricio de Saboya, debida en gran parte á los manejos y á la seduccion de aquella córte, nuestras armas en Italia no habian podido tener ya aquella fácil superioridad que tenian antes.

Merced á los esfuerzos del valeroso Cárlos la Gatta, y á los auxilios que le prestaron el duque de Arcos y el marqués de Torrecusa, habia podido defenderse trabajosamente la plaza de Orbitello, sitiada y atacada por el príncipe Tomás. Pero Piombino y Portolongone habian caido en poder de los mariscales franceses Meilleraye y du Plessis, y parte de la flota que los condujo á aquellas costas amenazaba al golfo de Nápoles, mientras otra parte habia ido á los puertos de Provenza á preparar otra espedicion. Llena de terror estaba la Italia, cuando sucedieron las revoluciones de Sicilia y de Nápoles de la manera y por las causas que vamos á apuntar.

Era virey de Sicilia el marqués de los Velez, el primero que habia ido con el ejército de Castilla á reprimir la rebelion de Cataluña, en que fué tan poco afortunado. Las urgencias de tantas guerras como España sostenia, habian obligado á imponer á los sicilianos cargas y contribuciones para atender á los gastos públicos, no obstante los privilegios concedidos

por Carlos V.; y con motivo de las últimas empresas de los franceses en las costas de Toscana, aquellos tributos y derramas se habian aumentado, recargando los artículos de primera necesidad, al propio tiempo que se hicieron levadas considerables de hombres, forzándolos á servir de soldados ó de marineros. Quiso la fatalidad que en tal estado afligiera aquellas fértiles provincias una sequía extraordinaria (1646), que las privó de las cosechas de todos sus frutos, á la cual siguió un hambre horrorosa. No le ocurrió al marqués de los Velez otro remedio para atajar aquel daño y calmar los clamores de aquellos infelices, que prohibir á los panaderos subir el precio del pan, bajo pena de la vida. Sucedió con esto que los panaderos se retiraron de su ejercicio, y faltando la venta pública del pan, creció la miseria, y con ella el descontento y la desesperacion del pueblo. Comenzaron á alborotarse los habitantes de Palermo tomando tumultuariamente las armas, y puesto al frente de las turbas un calderero llamado José Alecio, diéronse á quemar y saquear las casas de los recaudadores y de los agentes y amigos del virey, pusieron en libertad todos los presos, y por espacio de tres dias estuvo aquella capital entregada á los escesos y horrores de la anarquía (1647).

Acobardado el de los Velez, y refugiado en las galeras tuvo la debilidad de acceder á todo lo que pedía la muchedumbre, abolió las nuevas gabelas, y

devolvió al pueblo sus antiguos privilegios. El pueblo, á quien nunca satisfacen las concesiones así arrancadas, pidió la abolicion de todos los impuestos establecidos desde el tiempo de Carlos V., y la exclusion de los españoles de todos los empleos públicos. La insurreccion cuñó á todas las principales ciudades de Sicilia, á escepcion de Mesina, única que se mantuvo leal á España. Esto y el haberse puesto los nobles y barones, mucha parte de ellos de origen catalan, del lado del virey, protestando su adhesion al gobierno español, debilitó el partido popular, adormeciéndose con promesas el resentimiento público, y poco á poco se fué dominando la insurreccion hasta apagarla ⁽¹⁾.

De mayores proporciones y de mas cuidado fué la sublevacion de Nápoles. Era este uno de los reinos que se habian mantenido mas fieles á España, y de los que habian hecho mas servicios á la monarquía, no habiendo escaseado para ello ni sangre, ni ejércitos, ni tesoros, y peleando en todas partes los napolitanos tan unidos á los españoles como si fuesen ellos mismos. Muchas victorias se habian debido á la inteligencia y denuedo de generales napolitanos. Nuestros vireyes, lejos de guardar miramientos y de tratar con consideracion á un pueblo que habia hecho siem-

(1) Botta: Storia d' Italia.— Anal. Sicil.—Soto y Aguilar: Epítome, ad ann.—Vivanco: Hist. MS. de Felipe IV., lib. XVI.—Relacion hecha por el marqués Luis Muttey de las diligencias que ha-
bia practicado para coger un sacerdote de Palermo, que fué á París á acordar con el cardenal Mazarino la revolucion de Palermo: Archivo de Salazar. Doc. 56. p. 480.

pre tantos sacrificios, no pensaba sino en esquilmarle, señaladamente en los últimos años, y no ya para provecho de la nación española, sino para enriquecerse á sí propios y á sus favorecedores. Vióse á algunos en poco tiempo ir pobres y volver opulentos. El sistema de corrupcion se estendia, como sucede siempre, á los agentes subalternos, y los gobernadores y comandantes de las plazas no pagaban la tercera parte de los soldados que figuraban en las revistas. La miseria pública crecia de dia en dia; y las murmuraciones y las quejas, si en el principio se emitian con cierta timidez y retraimiento en privados círculos, despues se espresaban en alta voz en plazas y calles. Los nobles y el clero, lejos de procurar algun alivio á los vasallos y á los pobres, los unos los oprimian mas, resucitando los derechos feudales mas onerosos, el otro administraba en propio interés hasta los establecimientos destinados al socorro de la pobreza. Si algun virey, como el honrado almirante de Castilla, que sucedió al duque de Medina de las Torres, representaba á la córte de Madrid las justas causas del descontento que observaba en el pueblo, y los males y disgustos que de seguir tratándole de aquella manera podrian seguirse, ó era desoido ó se le miraba como un débil ó un visionario, y se le contestaba pidiéndole hombres y dinero, hasta que cansado de avisos inútiles, y no queriendo ser responsable de lo que pudiera acontecer, hizo dimision de su cargo, *porque*

no queria que en sus manos se rompiese aquel hermoso cristal que se le habia confiado.

El duque de Arcos, que sucedió al almirante, era un buen español, hombre probo, pero de carácter duro y tenaz, y poco apropósito para mandar en determinadas circunstancias. Luego que llegó á Nápoles comenzó á apretar á los contribuyentes y arrendadores; tuvo despues que imponer una nueva gabela para atender á los gastos de la guerra con los franceses, y ocurrióle la malhadada idea de cargar con este tributo al consumo de la fruta que era allí el alimento comun y ordinario del pueblo, y los recaudadores pusieron al instante sus casillas en las plazas y mercados (enero, 1647). Desde luego se notó el disgusto, y hasta la indignacion, que semejante tributo producía. Veíanse en todos los semblantes señales de cólera y de enojo, multiplicábanse las manifestaciones al virey, llenábanse las esquinas de pasquines, y como los ánimos estaban ya harto predispuestos, bastaba una pequeña ocasion para hacer estallar la ira que habia en los corazones, y esta ocasion no tardó en presentarse. El duque de Arcos ya lo veía venir, y tenia pensado conmutar aquella contribucion por otra, pero por su dilacion en ejecutarlo se le anticiparon los sucesos.

Ocurrió un dia un altercado (7 de julio, 1647) en

(1) Carta del virey de Nápoles al rey, dándole cuenta del estado del reino.—Hay quien calcula que el duque de Medina de las Torres sacaron de aquel reino en trece años cien millones de escudos de oro. entre el conde de Monterrey y el

tre unos vendedores de fruta y los arrendadores de la gabela, negándose aquellos á pagar á estos toda la cantidad que les pedian. A la disputa acudió un gran golpe de gente, derramóse la fruta por el suelo, y la muchedumbre acometió á los cobradores, que se salvaron con dificultad. Al frente de estos primeros tumultuados se puso un vendedor de pescado llamado Tomás Aniello de Amalfi, á quien el vulgo por abreviacion nombraba Masaniello, jóven de veinte y siete años, robusto y audaz, que estaba deseando el alboroto, porque tenia un resentimiento que vengar. Hacía poco tiempo que su muger habia sido presa por los aduaneros al querer introducir fraudulentamente un poco de harina, artículo tambien gravado con subido tributo. Masaniello habia vendido su pobre ajuar por sacar de la prision á su muger, á quien amaba mucho, y juró vengarse. Era por lo tanto el mas ardiente instigador de la plebe contra el gobierno, y mas contra los arrendadores, y aprovechó aquella buena ocasión que se le presentó para ello. Puesto pues á la cabeza del populacho, y á los gritos de «¡Viva Dios! ¡viva la vírgen del Cármen! ¡viva el Rey! ¡muera el mal gobierno! ¡muera la gabela!» corrió con las desenfrenadas turbas, deshaciendo y quemando las garitas de los recaudadores; despues se dirigieron todos á la plaza de palacio, y dando desaforados gritos pidieron al virey que se asomara al balcon, hasta que cansados de esperar rompieron las puertas y penetraron en su propio gabinete.

El de Arcos, con un apocamiento y una irresolucion indisculpable en tales lances en una primera autoridad, pálido y trémulo, no discurrió otra cosa que exhortar á la muchedumbre á que se aquietara, diciendo con angustiada voz: «*Si, hijos míos, todo se hará.*» Y se escribieron apresuradamente varias papeletas firmadas por el virey, aboliendo el impuesto, y se arrojaron por la ventana á la muchedumbre, la cual no contenta ya con esto, pedia la abolicion de todas las gabelas. Entonces el de Arcos, ya sin color en el rostro y sin aliento en el corazon, despues de hacer trasladar la duquesa y sus hijos á Castilnovo, deslizóse él mismo por una escalera de caracol, y metióse en un coche que encontró á la puerta. La multitud le obligó á apearse, y aunque nadie, por confesion suya, le insultó ni se descompuso con él, sin tomar providencias para acallar el tumulto metióse en el convento de San Francisco. Apresuráronse los frailes á cerrar las puertas, pero esto indignó mas á los tumultuados, rompiéronlas con violencia, y penetraron en el convento. El virey, cada vez mas aturdido, y siempre cobarde, hízose encerrar y conducir en una silla de manos al castillo de San Telmo, y de alli á las dos horas se trasladó al Nuevo, donde estaban ya su esposa y sus hijos, y donde le acompañaron muchos nobles y caballeros ⁽¹⁾.

(1) El carácter y naturaleza detenernos á dar cuenta de otros de nuestra obra no nos permite pormenores y circunstancias que

Acaudillada entretanto la multitud por Masaniello, y dando ya mas direccion al movimiento el doctor Julio Genovino, hombre octogenario, pero demagogo

ocurrieron en esta célebre sublevación, y de las que acompañan siempre á los alborotos y movimientos de esta clase. El que desee conocerlos mas minuciosamente puede consultar la excelente obrita que con el título de *Masaniello ó La sublevación de Nápoles*, ha publicado nuestro ilustrado amigo don Angel de Saavedra, duque de Rivas, embajador que ha sido de España en aquel reino (dos volúmenes en 8.º Madrid, 1818). Este erudito escritor ha consultado para escribir la historia de este suceso, entre otras obras, principalmente las siguientes: Tomás de Santis, autor contemporáneo, *Istoria del tumulto di Nápoli*; Alejandro Giraffi, id. *Le rivoluzioni di Nápoli*; Raphael de Turris, id. *Dissidentis receptaque Neapolis*; el conde de Módena, *Memorias sobre la revolución de Nápoles*; Parrino, *Teatro eroico é político d' governi de vicere*, etc.; Baldachini, *Storia napoletana dell' anno 1647*; Giannone, *Istoria civile del regno di Nápoli*; y los manuscritos de Capacelatro y de Agnello de la Porta sobre este acontecimiento.

Y sin embargo todavía hallamos algunas discordancias, en la narración de lo que ocurrió en aquel tumulto, entre estos tan apreciables escritores contemporáneos y otras relaciones manuscritas de aquel tiempo que nosotros tenemos á la vista: tales como la que hizo el conde de Villamedjana á don Luis de Haro, con carta original de aquél, la cual se halla en el Archivo de Salazar, Doc. 34, y principalmente con la

carta que escribió el mismo duque de Arcos al rey don Felipe dándole cuenta de los primeros alborotos, y que copió don Bernabé de Vivanco en su *Historia inédita*, libro que se dice octavo, y le corresponde ser el décimo sexto.—Dice por ejemplo el duque de Rivas, siguiendo los autores arriba enumerados, que cuando venia el virey en el carruaje, «iba angustiadísimo, y desconcertados los que le acompañaban, y mas viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de lejos algunos arcabuces y ballestas, y á la gente mas soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona, llegando, segun afirma un autor contemporáneo, hasta tirarle del bigote.» Y el duque de Arcos en su carta dice, no haberse descompuesto nadie con él, «antes mostraban respetarme y besarme los pies, etc.»—Añade tambien el de Rivas que el virey debió su salvación al recurso de tirar al pueblo puñados de monedas de oro, con lo cual los que seguian la carroza se arrojaban codiciosos á la presa, é hicieron claro, que sostuvieron valerosamente los caballeros y algunos soldados españoles para dar paso al virey.

Ademas de estas obras y documentos tenemos á la vista otro opúsculo manuscrito titulado: *Rebellion de Nápoles y sus sucesos*, por don Diego Phelipe de Albornoz, Thesorero dignidad y canónigo de la santa iglesia de Cartagena y Murcia, en el año 1648.—Archivo de la Real Academia de la Historia, G. 68.

furioso y sagaz, *electo* que habia sido ya del pueblo en las turbulencias del vireinato del duque de Osuna, fueron soltando los presos de todas las cárceles, acometieron y despojaron las armerías, batiéronse ya en algunos puntos con las guardias tudescas y españolas, y las vencieron, y tomaron las armas de los cuarteles, con que llegaron á juntarse hasta ciento veinte mil hombres, unos bien, otros mal armados. Dueños de la población, no contando el virey sino con dos mil hombres de infantería (porque la caballería que habia sido llamada no podia entrar, teniéndole el pueblo cortados los pasos), diéronse á quemar las casas de los arrendadores y de los amigos del virey, degollaron algunos, prendieron al duque de Matalon, y escapó milagrosamente de sus manos el prior de la Roccela.

Sin embargo, dos circunstancias hubo dignas de notarse en medio de aquellos sucesos. La una que en las casas que incendiaban no se permitia á nadie robar ni un harapo ni un alfiler; el robo estaba prohibido con pena de muerte. La otra, la consideración y respeto con que trataron todo lo que representaba la persona del rey; tanto que los retratos de Felipe IV. que encontraban, los colocaban en las esquinas y cuarteles de la ciudad bajo doseles, é inclinaban ante ellos la rodilla, aclamando «¡Viva el rey!» Circunstancia que debió avergonzar al virey y sus agentes, porque harto claro mostraba que ellos y no el monarca eran el ob-

jeto del odio popular, y la causa de aquellos lamentables disturbios (1).

Comenzó el virey á negociar desde su castillo con el pueblo, primero por medio de algunos nobles y caballeros allí refugiados y que le servian con lealtad, los cuales nada pudieron recabar, ni era gente aceptada á la multitud: despues por mediacion del arzobispo y cardenal Filomarino. Interrumpiéronse los tratos por noticias siniestras que corrieron por la ciudad de haberse envenenado el agua de las fuentes, con lo cual se renovó el alboroto tomando mas recrudescencia, y entonces fué cuando se cometieron algunos asesinatos, y se incendiaron multitud de casas. Al fin se fué restableciendo algun sosiego, y ganado con promesas el doctor Julio Genovino, y leidas al pueblo las proposiciones del virey en lengua italiana por el cardenal Filomarino, fueron enviados al castillo el cardenal, el nuevo electo del pueblo llamado Arpayá y Masaniello, á quienes seguia una muchedumbre inmensa, los cuales manifestaron al virey que aceptaban sus concesio-

(1) El caso es que el mismo duque de Arcos lo confesaba así todo en el parte que dió al rey. «En las casas que se han quemado» (dice) no han consentido que por ningun caso se robe ninguna cosa, y el que lo hace lo paga con la vida, y así lo observan inviolablemente, con ser los ejecutores de estas impiedades los mas pobres y de lo mas infimo del pueblo.» Por consiguiente faltan á la exactitud los escritores que ha-

blan de robos y saqueos en este tumulto.—Otra circunstancia (dice mas arriba) «es la suma veneracion y aclamacion que en medio de tan increíble alboroto han tenido y tienen al Real nombre y retratos de V. M., poniéndolos en todos los cuarteles de esta ciudad debajo de dosel, hincando la rodilla siempre que pasan, exclamando que viva, con otros muchos rendimientos.»

nes. Las concesiones eran la abolicion de todos los nuevos impuestos y gabelas desde el tiempo de su rey don Fadrique, y la devolucion de los privilegios otorgados por el emperador Cárlos V.

No estuvo todo el mal en este acto de lamentable debilidad del virey, sino que no contento con esto, abrazó públicamente á Masaniello, y juntos se asomaron á los balcones del palacio, y aun llegó su degradacion á limpiar con su pañuelo el sudor del rostro al caudillo popular (1). Desde allí arengó Masaniello al pueblo, diciendo que alabára á Dios y á su Madre

(1) Esto último no lo dijo el virey en su comunicacion, pero si que habia abrazado á Masaniello. «Le abracé, dice, y concediéndole la gracia le ofrecí el perdon en nombre de V. M., etc.»

También fué muy curiosa la entrevista de la muger de Masaniello con la duquesa de Arcos. La vireina envió sus carrozas á la esposa del antiguo pescadero para que fuese á palacio. Fué en efecto acompañada de unas cuantas vecinas y de su suegra y su cuñada, todas con magníficos trages, que formaban singular contraste con sus toscas formas y sus modales groseros. Recibióla la guardia con los honores de capitán general, y fué subida en silla de manos con cortejo de gentiles-hombres, pajes y alabarderos, é introducida hasta el gabinete de la duquesa. —Sea V. I. muy bien venida, le dijo la vireina.—Y V. E. muy bien hallada, le contestó la esposa del dictador de Nápoles: V. E., añadió, es la vireina de las señoras, y yo la vireina de las plebeyas. Don Juan Ponce de Leon, sobrino del

duque de Arcos, tomó en sus brazos un niño de pecho, sobrino de la pescadera, le besó con la mayor ternura, y le enseñaba á todos como un portento. La duquesa indicó á la Masaniello lo conveniente que sería que su marido aceptara del virey las altas mercedes que estaba dispuesto á otorgarle, y que se retirara del mando para que pudiera restablecerse la tranquilidad. «Todo menos eso, respondió la vireina de las plebeyas; pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mía. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor virey y Masaniello, este gobernando el pueblo, y aquel á sus españoles.» Sorprendió y dejó cortada á la duquesa, tan terminante respuesta, y puso fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mugeres, que se retiraron con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido. Parece inconcebible tanta degradacion.—Rivas: Sublevacion de Nápoles, cap. XVIII.